

Las mujeres curadoras de la provincia de Imbabura

The Women Healers of Imbabura Province

Alfonsina Andrade Ortega¹  

¹Pontificia Universidad Católica del Ecuador, Sede Ibarra - ECUADOR

DOI: <https://doi.org/10.26807/raci.V31.2025.373> | Páginas: 133-145

Fecha de envío: 28-10-2025 | Fecha de aceptación: 03-11-2025 | Fecha de publicación: 31-12-2025

Resumen

Este estudio analiza el papel fundamental de las mujeres curadoras en la preservación y transmisión de conocimientos de medicina tradicional en la provincia de Imbabura, Ecuador. A través de un enfoque etnográfico cualitativo, se examinan las trayectorias de vida y prácticas terapéuticas de tres mujeres representativas. La investigación revela un sistema médico tradicional complejo y jerarquizado que distingue entre yachaks, curanderas y hierbateras, cada una con especializaciones y métodos específicos. El análisis demuestra cómo estos conocimientos se transmiten principalmente a través de linajes femeninos y redes de solidaridad entre mujeres, incorporando elementos sincréticos que combinan saberes ancestrales andinos con prácticas católicas coloniales. Los hallazgos evidencian una sofisticada taxonomía de enfermedades que clasifica los males en “de Dios”, “del campo” y “de la calle”, cada uno con etiologías y tratamientos diferenciados. El estudio también documenta los desafíos contemporáneos que enfrentan estas prácticas, incluyendo la erosión cultural y la disminución de practicantes, así como su persistente relevancia en contextos urbanos y entre poblaciones de diversos estratos socioeconómicos. Se concluye que las mujeres curadoras constituyen un patrimonio vivo de conocimientos que trasciende lo puramente médico, funcionando como repositorios de sabiduría cultural y redes de contención social. La investigación aporta a la comprensión de los sistemas de medicina tradicional andina desde una perspectiva de género, destacando la necesidad de reconocimiento y valoración de estos saberes para el desarrollo de modelos de salud más integrales e interculturales.

Palabras clave: medicina tradicional, mujeres curadoras, yachaks, etnomedicina, Imbabura, conocimientos ancestrales, género, interculturalidad.

Abstract

This study analyzes the fundamental role of female healers in the preservation and transmission of traditional medicine knowledge in the province of Imbabura, Ecuador. Through a qualitative ethnographic approach, the life trajectories and therapeutic practices of three representative women are examined. The research reveals a complex and hierarchical traditional medical system that distinguishes between yachaks, healers, and herbalists, each with specific specializations and methods. The analysis demonstrates how this knowledge is transmitted primarily through female

lineages and networks of solidarity among women, incorporating syncretic elements that combine ancestral Andean knowledge with colonial Catholic practices. The findings evidence a sophisticated taxonomy of diseases that classifies ailments as “of God,” “of the countryside,” and “of the street,” each with differentiated etiologies and treatments. The study also documents the contemporary challenges these practices face, including cultural erosion and the decline of practitioners, as well as their persistent relevance in urban contexts and among populations of diverse socioeconomic strata. It concludes that female healers constitute a living heritage of knowledge that transcends the purely medical, functioning as repositories of cultural wisdom and networks of social support. The research contributes to understanding Andean traditional medicine systems from a gender perspective, highlighting the need for recognition and valorization of this knowledge for developing more integral and intercultural health models.

Keywords: traditional medicine, female healers, yachaks, ethnomedicine, Imbabura, ancestral knowledge, gender, interculturality.

Introducción

En diversas sociedades alrededor del mundo, pese a los grandes beneficios de la “medicina científica formal”, las medicinas tradicionales son cada día más utilizadas. La medicina tradicional no es exclusiva de unas pocas sociedades “exóticas”, indígenas o campesinas, sino que “comprende desde sistemas tan complejos como el ayurveda y la acupuntura china hasta los sencillos remedios caseros de la sociedad occidental” (Andrade, 2024, p. 4). Son las mujeres quienes ocupan un papel preponderante en la práctica, resguardo y transmisión de la medicina tradicional.

Las prácticas desarrolladas por las mujeres incluyen, entre otras, el uso de plantas y hierbas medicinales (sagradas o mágicas), la atención del embarazo, parto y cuidados de la madre y el niño, así como la realización de diversos rituales de sanación para enfermedades de Dios, del campo, de la calle e incluso los “males de amor”. Estas mujeres desempeñan múltiples funciones como yachaks, curanderas, parteras y yerbateras en contextos sociales y ecológicos cada vez más complejos. A pesar de ello, muchas veces este conocimiento ha sido invisibilizado o subvalorado, especialmente por el predominio de una visión androcéntrica del saber médico, tanto tradicional como científico.

El presente artículo tiene como objetivo analizar el papel de las mujeres curadoras y su relevancia como agentes activas en la reproducción de conocimiento, redes de cuidado y prácticas rituales en la provincia de Imbabura. Más que la reivindicación de los conocimientos tradicionales femeninos, lo que se busca es contribuir a una comprensión integral de las prácticas curativas tradicionales, reconociendo que este conocimiento no es estático ni uniforme, sino profundamente situado, relacional y sostenido, en gran medida, por la experiencia y sabiduría de las mujeres.

Mama Dulu

Mama Dulu (Dolores) es yachak¹ y vive en una de las comunidades cayampis del cantón Otavalo. Es kichwa hablante, tiene alrededor de 90 años y, aunque por su edad se le dificulta la movilidad,

¹ En algunos lugares se utilizan los términos yachak y chamán como sinónimos. Del kichwa yachana (saber), el que sabe, el que conoce, es un(a) sabio(a).

su mente se mantiene lúcida. Los yachaks son, como afirma Mircea Eliade (1969, p. 20), “aquellas personas dotadas de prestigio mágico-religioso reconocido dentro de su sociedad”. Estos realizan sus curaciones gracias a sus amplios conocimientos, aunque empíricos, del uso de plantas, símbolos y rituales. Así, Mama Dulu cuenta que nunca asistió a la escuela y todo lo que sabe lo aprendió de su abuela, quien era reconocida en su comunidad como partera, rezadora y hierbatera. Desde niña, Dolores acompañaba a su abuela a realizar las curaciones y esta, al ver que su nieta tenía las “señas” necesarias para transmitirle su poder, se lo entregó cuando llegó a la adolescencia.

“Me pidió que me frotara un huevo por todo el cuerpo y luego se lo entregara”.

Este huevo, luego de un pequeño ritual que incluyó varias oraciones, fue consumido por Dolores. Con esto, ella pudo adquirir poder, pero también continuar su aprendizaje. Con el paso del tiempo, Dios, a través de los sueños, le entregó más poderes, le enseñó la forma de utilizarlos y los rituales que debía desarrollar para curar diversas enfermedades. Los yachaks, como Dolores, “son ‘elegidos’ y tienen entrada a una zona de lo sagrado inaccesible para los demás miembros de la sociedad” (Eliade, 1969, p. 24). El terreno de lo sagrado combina, en la provincia de Imbabura, tanto los conocimientos ancestrales de su comunidad como oraciones, imágenes y rituales propios de la religión católica.

Desde el advenimiento de los españoles, algunos elementos originales han sido sustituidos por símbolos católicos, tales como las cruces y botellitas. Esto se explica debido a que, durante el largo período colonial, en el que la vida cultural estuvo bajo los Padres de la Iglesia, y la sociedad criolla tomó como modelo las sociedades feudales de Europa, la resistencia cultural indígena adoptó formas miméticas a fin de encubrir los ritos aborígenes con el ropaje de la liturgia católica para, de este modo, perpetuar sus ceremonias. (Rodríguez & Taxo, 1996, p. 18)

Para curar a sus pacientes, Mama Dulu se comunicaba con Dios, con los “urkus” y los espíritus de las plantas a través de los sueños. Así, gracias a sus sueños, curó a muchas personas no solo de su comunidad, sino también de otros lugares e incluso del extranjero. Al igual que otros yachaks, Dolores es “un(a) técnico(a) del éxtasis” (Eliade, 1969, p. 20), sin que estas experiencias extáticas signifiquen que pierda el control de su cuerpo o de sus actos. El éxtasis “es un estado emocional, no ordinario de conciencia, que proporciona un tipo especial de percepción a veces descrita como intuitiva” (Poveda, 1997, p. 29). A este éxtasis, los yachaks llegan de diferentes maneras: mediante el uso de plantas sagradas (ayahuasca, san pedro), sueños o visiones. Así, a esta yachak, los sueños le permitieron curar, por más de 20 años, enfermedades “físicas y espirituales, del alma y de la inteligencia”.

Indica que las enfermedades más difíciles de curar son las enfermedades espirituales que tienen su origen en un ataque realizado por los enemigos de una persona. Los ataques pueden darse de varias maneras: hay personas que tienen la “mirada tan fuerte” que pueden enfermar aquello que miran con ira o envidia; esto es conocido como “mal de ojo” y es una enfermedad de la calle, traída por los “*mishos*”². En otros casos, el enemigo de la persona acude a algún brujo malo llevando una foto, un mechón de cabello o la pisada de su víctima para que este le “haga el trabajo”³. En sus sueños, Dolores, podía observar el daño que le hicieron a la persona, dónde se encontraba enterrada

² Mestizos.

³ Ver Andrade (2011).

la pisada y era guiada por seres sagrados para determinar el tratamiento o la cura para ese mal.

Entre los elementos necesarios para las curaciones que realiza el yachak se encuentra la “mesa de curación”, pero, esta yachak, nos indica que desde hace varios años ya no la tiene y sus objetos “se fueron de allí”. En su mesa tenía imágenes de vírgenes y santos, agua de *pogyo*⁴, preparados en botellas, hierbas y unas “piedritas” que encontró en el páramo; todo ello tenía una función definida durante la realización de sus rituales. Esto coincide con lo indicado por Guamán Poma de Ayala (1993, p. 63) acerca de Mama Huaco, quien era una mujer hechicera, “primer enbentadora las dichas uacas, ydolos y hehecerias” (¿primer yachak?) que hacía hablar piedras, cerros y lagunas. Como se conoce, desde tiempos precolombinos, el agua, las piedras y las plantas son elementos que permiten la conexión de la persona con la Pachamama.

En la entrada de su casa aún conserva un pequeño huerto de plantas mágicas, las cuales se utilizan para hacer limpias e infusiones. También tiene unas pocas gallinas que dan huevos tanto para consumo personal como para curar el espanto a los niños y apoyar en el diagnóstico de algunas enfermedades. Aunque ya no “cura”, a veces su hija u otras personas le piden que les “regale” para hacer o recibir alguna curación. Aunque no cobra por estos objetos, siempre recibe a cambio algún “pago” como pan, azúcar u otros, pues la reciprocidad es importante para que las curaciones realizadas con estos sean efectivas. Nos comenta que cuando era joven, sus pacientes de la comunidad le pagaban sus servicios con productos agrícolas o animales y las personas de afuera, principalmente mestizos, le pagaban con dinero

La relación de esta yachak con las plantas, su cuidado y recolección está marcada por la ritualidad: las recolecta muy temprano en la mañana para que el sol no les dañe y la planta se ponga brava y no cure. Tampoco las arranca, sino que las corta con cuidado pidiendo permiso a sus espíritus protectores, ya que solo así la curación tendrá buenos resultados.

A diferencia de los yachaks hombres de su comunidad, Dolores también “les ayudaba a enfermar a las mujeres”, es decir, ejercía como partera. Cuenta que atendió a mujeres indígenas y mestizas que acudían a realizarse los controles con ella. Esta actividad la realizaba primero junto a su abuela y, luego de su fallecimiento, lo hacía sola o acompañada de su hija, quien también es partera y hasta el presente atiende a las mujeres en el período de embarazo, parto, posparto y atención al recién nacido. Sus primeras habilidades como partera también las adquirió de su abuela, pero con el paso del tiempo la experiencia adquirida y el intercambio con otras parteras de la comunidad le permitieron incrementar sus conocimientos.

Indica que muchas de sus pacientes fueron mujeres embarazadas que acudían a su consulta para que les hiciera los “controles”. Con solo tocar el vientre de la embarazada, Mama Dulu sabía si el niño estaba bien o venía de pie; en este último caso había que “mantear” a la madre. La manteada es un procedimiento que consiste en hacer acostar a la mujer embarazada sobre una sábana o manta sostenida por los cuatro extremos por un grupo de mujeres. Una vez que la futura madre está acostada en la sábana, las mujeres mueven la sábana con fuerza para hacerla rodar sobre ella. Esta maniobra se realiza casi siempre en el octavo mes de embarazo y permite que el bebé se acomode correctamente en el vientre de la madre y pueda nacer sin complicaciones.

⁴ Ojo de agua.

Esta yachak dice que hay que evitar que las mujeres embarazadas vean cosas que puedan darles un susto muy fuerte pues se puede “perder el *guagua*” o adelantarse el parto. Por esto, en caso de que una mujer embarazada se haya “espantado”, se debe ir donde una partera con experiencia para que le cure el espanto. En estos casos, la partera no usa ninguna planta para curar el espanto, sino que lo hace utilizando harina de cebada, la misma que frotará con cuidado en el cuerpo de la madre mientras recita algunas oraciones para que le quite el susto. La madre deberá mantener la harina en su cuerpo sin bañarse por tres días y luego se bañará utilizando para esto agua de algún “pogyo”, cuidando que no esté muy fría para que no “chupe frío” ni ella ni el niño. En ocasiones, la partera sugiere a la mujer, que caliente el agua con leña, en una olla de barro.

Desde hace varios años, Mama Dulu nos dice que “ya no tiene auge”, no por su edad sino debido a la envidia de varias personas y también de brujos que, al ver que “cura bastante”, le hicieron daño para que pierda sus poderes, no pueda comunicarse con la divinidad y, por tanto, no pueda realizar sus curaciones. Sin embargo, muchas curadoras mujeres: parteras, curanderas o yerbateras aún acuden a ella para pedirle consejo y que les transmita sus conocimientos.

Se resalta la presencia de Mama Dulu en vista de que, hasta hace algunos años, cuando se hablaba de los yachaks se hacía referencia a una práctica mayoritariamente masculina; sin embargo, esto ha ido cambiando en varios lugares de la provincia y del país:

Las mujeres Yachak en Ilumán, o mujeres sabias, se han ido integrando en los últimos años al Consejo de sabios/as de la medicina ancestral. Son poseedoras de conocimientos ancestrales, habilidades en medicina tradicional y conexión con el mundo espiritual. Ser mujer Yachak va más allá de ser parteras, ya que hay que demostrar la capacidad para curar patologías que existen en la cosmovisión andina. Además, en algunas comunidades son guardianas de un sitio sagrado o waka y referentes en ritualidad, espiritualidad y sabiduría ancestral. Esta combinación de saberes, experiencias y responsabilidades es la que otorga la autoridad y la capacidad para ejercer el destino como Yachak. (Chakana News, 2023)

En otras palabras, las mujeres yachak han recuperado el papel que como mujeres sabias-curadoras tenían en los tiempos precolombinos, resaltando las relaciones de solidaridad y sororidad con otras mujeres indígenas, afrodescendientes o mestizas.

Doña Savelita (Isabel)

Tiene 79 años y es curandera desde su adolescencia. Las curanderas se encuentran un escalón debajo de las yachaks, pues su trabajo se centra en curar los males de la calle, del campo, de Dios e incluso males de amores con ayuda de plantas, piedras y otros objetos que consideran sagrados. A diferencia de los yachaks, no tienen experiencias extáticas o visionarias de ningún tipo. Se debe resaltar que estar un escalón más debajo de las yachaks no afecta el prestigio que estas mujeres curadoras tienen entre sus clientes. Aunque hasta hace algunos años la presencia de curanderas en las zonas urbanas del país no era extraña en los últimos años estas han ido desapareciendo.

Isabel apenas tiene tres años de escolaridad y habla únicamente castellano. Ha vivido en varias provincias del Ecuador, pero siempre ha regresado a Imbabura. Hasta hace algunos años vivía

en Otavalo y ahora vive en Cotacachi con su hija. Dice que le hubiera gustado estudiar en algún colegio, pero antes las cosas eran diferentes. Gracias a sus hijos ha aprendido matemáticas, historia y geografía, pues cuando estaban pequeños les ayudaba con sus tareas de la escuela y bachillerato y eso le permitió adquirir mayores conocimientos, además nos comenta que le gusta mucho leer pues, siempre hay cosas nuevas que puede aprender. En su casa tiene una pequeña biblioteca con diversos libros: textos escolares, novelas y libros religiosos.

Casi todo lo que sabe de curanderismo lo aprendió de su madre, y esta a su vez aprendió de su abuela. No conoce durante cuántas generaciones las mujeres de su familia han ejercido el oficio de curanderas. Lo que conoce es que sus antecesoras han vivido en diferentes ciudades del país y casi siempre entre la zona urbana y rural. Esto les permitió aprender de otras mujeres e incluso desarrollar sus propias formas de curar. Como afirma Lévi-Strauss (1977, p. 162), los curanderos tienen la convicción de que

los estados patológicos de sus pacientes tienen una causa y que esta puede ser alcanzada; por otro lado, un sistema de interpretaciones dentro de la cual la invención personal desempeña un papel importante y ordena las diferentes etapas del mal desde el diagnóstico hasta la cura.

Isabel indica que, para ella, las mujeres que venden hierbas medicinales en los mercados han sido fuente de muchos de sus conocimientos. Así, en el transcurso de los años le han enseñado con qué plantas se deben hacer los baños de la suerte e infusiones que curan los más variados males.

Siempre cura en nombre de Dios, pues Él es el que cura y ella solo es su instrumento; por eso en su casa no faltan las imágenes de santos y vírgenes que se han convertido en sus protectores. Se conoce que las prácticas de los curanderos tienen su base “en las creencias del ser humano, tanto religiosas, la fe; como en el halo mágico que envuelve al curandero, la gracia”, pues las mujeres curanderas son: “mujeres del pueblo, viven entre el pueblo y [...] se consideran elegidas por la divinidad para hacer una labor social, entre mágica y, a veces, científica” (López, 2024, pp. 129-130).

Cuando inició era muy joven y solo atendía a miembros de su familia, vecinos y algún recomendado. Cuando se corrió la voz de que sabía curar y “tenía buena mano”, las personas llegaban de otros lugares de la provincia o incluso de Quito, pues la fama de una curandera puede extenderse hasta regiones lejanas, como afirman Sanhueza (1986), Muñoz Bernand (1986) y Schwitzer (1990). Incluso, cuando tuvo que migrar fuera de la provincia de Imbabura debido al trabajo de su esposo, sus pacientes la buscaban para que les realice alguna curación o les lea el destino. Aunque nunca tuvo una tarifa para sus curaciones o lecturas, sus pacientes siempre le pagaron, sus servicios, en dinero, acorde a sus posibilidades. En algunas ocasiones, además del dinero recibió pan o fruta como agradecimiento por los servicios prestados. Cuenta que esta actividad le permitió tener cierta independencia económica y no depender únicamente del salario de su esposo.

Las mujeres casi siempre acuden para que cure el espanto o mal de ojo a sus hijos o nietos pequeños, les haga una limpia para la suerte o les lea su destino en el tabaco. Los hombres, en cambio, acuden para que les cure el mal aire, el cual les agarra por pasar por lugares oscuros o “pesados” en las

noches o antes del amanecer cuando van o regresan de sus trabajos, o cuando vuelven “tomados” luego de alguna reunión con sus amigos.

Aunque la mayor parte de las plantas que utiliza las compra en el mercado o se las llevan sus pacientes, tiene algunas plantas sembradas en tarros vacíos de pintura o baldes viejos que hacen las veces de macetas en el patio de su casa. Entre las plantas que cultiva están: malva olorosa, orégano y hierba luisa. Resalta entre estas plantas una sábila, de la cual dice le ha acompañado varios años y le sirve para protegerse de la mala suerte. También indica que varios hijuelos de la sábila se los ha regalado a sus pacientes para que los siembren y les dé protección. En su casa tampoco falta la cajetilla de Marlboro Rojo o los puros para leer el destino de a pacientes.

Su experiencia y los conocimientos que ha adquirido en el transcurso de los años le han permitido reconocer algunos tipos de males, como son: de Dios, de campo y de calle, cada uno de ellos con técnicas de diagnóstico y tratamiento diferentes:

- Enfermedades de Dios: Son resultado de la exposición a virus y bacterias o por no cuidar el cuerpo. Estas enfermedades son tratadas por los médicos, por ello también se les llama “males de médico”.
- Enfermedades del campo: Originadas por pasar por lugares pesados o transgredir normas y tabúes. Entre estas tenemos el espanto y el mal aire, que son tratadas por yachaks y curanderos.
- Enfermedades de la calle: Ocasionadas por la interacción con otras personas; entre ellas están el mal de ojo y brujería, y son tratadas por yachaks y curanderos.

Doña Isabel indica que existen diferentes formas de curar enfermedades y que cada una depende del curandero y su paciente; estas curas involucran limpias, baños, infusiones y rituales de diferente tipo. Pese a que no puede revelar todos los “secretos” de su profesión, nos dice que la técnica de curación depende de si es hombre o mujer y la edad de la persona. Así, para curar el espanto o mal aire generalmente sopla trago a sus pacientes. Si es un niño pequeño, utiliza solo un rosario bendito y le frota una colonia suave o agua bendita en las coyunturas. Dice que no cura a mujeres embarazadas o que estén menstruando pues, en estos casos, el cuerpo de la mujer puede ser afectado por la fuerza del tratamiento y pueden perder al bebé o se les corta la sangre menstrual.

A diferencia de otras curanderas, para realizar las limpias (de espanto y mal aire) tanto en niños como adultos no utiliza una escoba de plantas sino su mano derecha, en la cual usa un anillo de acero como protección, pues cree que las enfermedades de campo y de la calle son contagiosas. Luego de la limpia, da a tomar una infusión, sugiere al paciente tomar un baño de plantas y arroparse bien para completar el tratamiento. Hace muchos años también hacía limpias y diagnósticos con el cuy, tal como había aprendido de un compadre suyo de la zona de Cangahua. Sin embargo, ya no las hace pues hay tratamientos y curaciones que solo pueden realizarse mientras el curandero tiene fuerza y salud.

Actualmente ya está “jubilada”; realiza muy pocas curaciones y casi siempre a sus vecinos o pacientes de muchos años, la mayor parte de ellos mujeres (madres o abuelas) para que cure el espanto o

mal aire de sus niños pequeños. Dice que las madres detectan fácilmente si el niño está espantado. Entre los síntomas de este mal está la asimetría en los ojos (un ojo está más pequeño que el otro), se despiertan llorando en la noche o se asustan con facilidad con los ruidos de la calle. En estos casos, además de frotarles colonia, se les sacude suavemente tomándoles de los hombros mientras repite tres veces la palabra “*shungo*”⁵.

Muchas de estas madres, como se indicó anteriormente, aprovechan que acuden donde la curandera, a curar el espanto de sus hijos para contarle sus penas, hacerse leer el tabaco y pedirle curas y consejos, pues con el transcurso de los años han desarrollado una relación muy cercana con la curandera. Algunas mujeres llevan fotos de sus maridos o sus hijos para que “les lea” y así saber por qué actúan de determinada manera en la casa, ver si están “curados”⁶ o pedirle que les sugiera algún baño de hierbas o algún ritual para que consigan cupo en la universidad, becas o trabajos, e incluso para que abandonen a sus amantes.

Como se clarifica, esta curandera atiende “considerando a la persona en su completitud, reconociendo el entramado de sus historias” (Bohórquez, 2019, p. 146); por eso, antes de realizar cualquier diagnóstico o cura, la curandera conversa con sus pacientes y escucha las historias que se encuentran tras el mal que desean les ayude a curar. Es importante resaltar que las mujeres que acuden a ella pertenecen a distintos estratos económicos y sociales. Algunas de ellas se dedican únicamente a los quehaceres domésticos, otras son comerciantes e incluso tiene pacientes que son profesionales con estudios universitarios y “buenos cargos”. Esto se debe a que “tanto campesinos de la sierra ecuatoriana como mestizos (...) saben distinguir entre enfermedades que pueden ser solucionadas con la medicina científica y otras que solo pueden ser remediadas por métodos tradicionales”, como bien afirma Demon (2008, p. 105). Se evidencia de esta manera la importancia que tiene el papel de las curanderas en las sociedades modernas.

Nancy

Tiene 49 años y es hierbatera; comercializa sus plantas en uno de los mercados de la ciudad de Ibarra. Aunque terminó sus estudios secundarios, no quiso ingresar a la universidad, sino que decidió continuar con el negocio familiar. Desde hace más de seis décadas, su madre tiene un puesto de hierbas medicinales, especias y preparados esotéricos en el mercado. Esta actividad le permitió costear los estudios de Nancy y sus hermanos y actualmente permite costear los estudios de los hijos de Nancy.

Las plantas que comercializa en el mercado no las cultiva en su casa, sino que ha establecido contactos con algunas mujeres campesinas que “bajan” al mercado a ofrecerle diferentes plantas, por lo cual en su puesto siempre tiene hierbas frescas. Con el dinero que Nancy paga a estas mujeres, ellas compran dentro del mercado algunos víveres para su familia⁷. En el transcurso de los años también ha establecido contactos con hombres y mujeres tanto de la costa como de la amazonia, quienes eventualmente le envían (mediante transporte interprovincial) plantas que no se consiguen en la sierra. Las especias y productos esotéricos los consigue de varios distribuidores mayoristas a quienes hace pedidos regularmente. Estas personas forman parte de la red de distribuidores de su

⁵ Corazón.

⁶ Les han hecho algún daño o brujería.

⁷ Algunas mujeres “bajan” al mercado una o dos veces al mes, no solo con hierbas medicinales sino también con animales (gallinas, conejos, guayas, etc.) y otros productos agrícolas como maíz o zambos que comercializan de manera informal en el mercado

puesto de hierbas.

En el caso de las plantas, el precio que paga a sus distribuidores por ellas depende de una serie de factores: época del año, cantidad, calidad y la dificultad que se tenga para conseguir las plantas. Las comercializa de manera individual, mínimo \$0,25 centavos, o en “escobas” o atados, es decir, conjunto de varias plantas en un dólar.

El comercio y uso terapéutico de plantas medicinales se mantiene como una práctica activa en los mercados de las ciudades ecuatorianas y particularmente en las urbes del callejón interandino, en donde se expenden alrededor de 270 especies de hierbas medicinales que se emplean para tratar aproximadamente un centenar de dolencias. (Barrera y Orellana, 2020, p. 55)

Quienes demandan estas plantas en su mayoría son mujeres que las utilizan con diferentes fines: algunas son demandadas para la preparación de alimentos y bebidas. En este caso, hay meses del año en que hay una mayor demanda de determinadas plantas. Así, entre junio y septiembre hay mayor demanda de plantas para la preparación de la chicha, y en el mes de noviembre se demandan plantas aromáticas para la preparación de la colada morada.

Hay plantas que se comercializan también con fines terapéuticos para la realización de aguas de remedio que apoyarán en la curación o recuperación de enfermedades respiratorias, gastrointestinales y también para hacer téis purificantes y reconstituyentes para las mujeres que se encuentran en el puerperio. También hay plantas que sirven para hacer emplastos para la curación de heridas, golpes y/o moretones. Estas últimas son demandadas no solo por las mujeres sino por varios fregadores que prestan sus servicios en los alrededores del mercado. Como se conoce, desde las épocas precolombinas:

Las plantas se usaron también con fines terapéuticos, llegando incluso a constituirse en un elemento importante dentro de su sistema de creencias y ritos. A partir de un extenso proceso de prueba y error, desarrollaron la capacidad de identificar las plantas que podían usarse con fines terapéuticos y los venenos a usarse en la caza, la pesca y como medio de defensa contra sus enemigos. (Barrera & Orellana, 2020, p. 47)

El trabajo que desarrolla Nancy es casi el de un boticario tradicional; sus clientas rara vez acuden a comprar determinada planta, casi siempre piden “una planta para el dolor de estómago”, “algo para el dolor de cabeza”, “la planta para los morados”, etc. Como nos indica Attisso (1979, p. 7), las cifras sobre el uso y efectividad de plantas para realizar preparados farmacéuticos “son suficientemente elocuentes para demostrar que las plantas medicinales no son ni asunto de charlatanes ni una moda entendida como deseo nostálgico de ‘volver a las fuentes’ o de buscar sistemáticamente todo lo que es natural”. Y es debido a la efectividad de las plantas que las personas siguen acudiendo a Nancy para adquirirlas.

Algunas mujeres no solo acuden a comprar las plantas, sino que le cuentan sus problemas de salud, familiares o laborales, a la espera de que les recomiende alguna planta que les ayude a solucionarlos

o, como ella manifiesta, más que la planta, muchas de las clientas quieren además de un remedio “un oído que les escuche”. Pese a que todos los días atiende una gran cantidad de clientes, a finales de año, el número crece y no se da abasto para atenderlos. Esto se debe a que, en estas fechas hay una mayor demanda de plantas para limpiezas y baños de la suerte (amargos o dulces).

Cuenta que sus conocimientos los adquirió principalmente de su madre. Cuando era pequeña, al salir de la escuela, acudía al puesto de su madre para hacer deberes y ayudarle con la comercialización de las plantas. Ahí ella le indicaba cómo distinguir entre las diferentes plantas y para qué servía cada una. También escuchaba las conversaciones que su madre tenía con sus distribuidoras y clientes, lo cual le permitió ampliar sus conocimientos.

Sobre las plantas ha aprendido que estas tienen varias clasificaciones; así nos habla de plantas mágicas o de uso común, frescas, cálidas, macho o hembra, dulces y amargas. Dice que también ha oído que hay plantas sagradas como la ayahuasca, pero que no la comercializa ni conoce por qué se la considera sagrada.

Las plantas mágicas: son aquellas que sirven para hacer limpiezas para curar el espanto o mal aire; la mayor parte de estas plantas no se consumen pues sus componentes son muy fuertes. Se recomienda usarlas solo como escoba para limpiar el cuerpo de la persona.

Las plantas de uso común: Son aquellas que sirven para el tratamiento de enfermedades comunes como el dolor de estómago o de cabeza. Estas plantas pueden consumirse en forma de té o infusiones sin mayor problema pues no son tóxicas.

Las plantas amargas: Son aquellas que tienen un olor fuerte y sirven para limpiar las malas energías. Se utilizan casi siempre como escoba de limpieza o emplastos para colocar en determinadas partes del cuerpo; muy pocas de ellas se consumen en forma de té o infusión.

Las plantas dulces: Tienen un olor dulce, agradable y pueden ser consumidas en té, infusiones o utilizadas para dar sabor a ciertas comidas. También pueden utilizarse para baños de la suerte y regenerar las energías positivas de las personas.

Las plantas hembra: Son aquellas más gráciles que otras de su especie.

Las plantas macho: Son aquellas que tienen un color más fuerte y son más robustas que otras de su especie. Se utilizan cuando la persona ha sufrido una recaída de su enfermedad.

Las plantas frescas: Sirven para tratar enfermedades cálidas, es decir, aquellas que producen “sobrecalentamiento” del cuerpo, aunque no siempre producen fiebre. No todas se toman en infusión, sino que algunas se colocan en el estómago para que “chupen” el calor del cuerpo.

Las plantas cálidas: Sirven para tratar enfermedades frías. Así, estas plantas ayudan a subir la temperatura del cuerpo y se toman generalmente como infusión.

Muchas de las clientas de su madre fueron curanderas indígenas y mestizas con quienes se intercambiaban plantas y conocimientos. Sin embargo, con el tiempo el número de curanderas que acude a su puesto disminuyó, conoce que algunas fallecieron, otras se fueron a vivir en otras ciudades y algunas de ellas ya no ejercen debido a su edad avanzada. En los últimos años la mayor parte de

sus clientes son mujeres de diferente edad, amas de casa, madres y, sobre todo, otras comerciantes del mercado, las cuales prefieren acudir al puesto de Nancy para comprar alguna hierba que les ayude con sus dolencias antes que acudir a los médicos formales, porque no les tienen confianza o porque es complicado conseguir cita en alguno de los hospitales y centros de salud de la ciudad.

La madre de Nancy aún acude eventualmente al puesto para ayudar a comercializar las plantas. Además de su amplio conocimiento de las plantas medicinales, ella aprendió de sus clientas curanderas a curar el espanto en los niños. Para esto utiliza una escoba de hierbas “amargas” que pasa por el cuerpo del niño mientras reza el Padre Nuestro por tres ocasiones. No cura el espanto a bebés menores de dos años pues las hierbas son muy fuertes y pueden ocasionar algún tipo de urticaria en los pequeños.

Nancy, a diferencia de su madre, no cura el espanto, aunque sabe cómo hacerlo. Manifiesta que le da miedo pues el mal (espanto) puede pasar al cuerpo de la persona que cura y ocasionarle algún daño a ella o su familia. A su madre nunca le ha afectado el mal, pues es una mujer fuerte que puede curar el espanto sin problema. Respecto a este tema indica que no todas las mujeres pueden curar el espanto, pues no solo se requiere conocer la técnica sino también se requiere fortaleza física y de carácter.

Estas mujeres dicen que mantendrán el puesto de hierbas y atenderán a sus clientes hasta que Dios les dé vida, pero, no están seguras si alguna de sus hijas o sobrinas mantenga esta tradición y conserve los conocimientos que tantos años les ha costado adquirir.

Conclusiones

El análisis de las trayectorias de estas tres mujeres curadoras de la provincia de Imbabura revela la complejidad y riqueza de los sistemas de medicina tradicional andina, así como el papel fundamental que desempeñan las mujeres en la preservación, transmisión y adaptación de estos conocimientos ancestrales. Se evidencia, a través de las narraciones de estas mujeres que, que el conocimiento médico tradicional no es un sistema estático, sino que se encuentra en constante transformación y diálogo con diferentes contextos históricos, sociales y culturales. En el caso de Mama Dulu, la yachak, se ilustra cómo los saberes precolombinos se han sincretizado con elementos del catolicismo colonial, dando lugar a prácticas híbridas que mantienen su eficacia simbólica y terapéutica. Este sincretismo no representa una pérdida de autenticidad, sino una estrategia de resistencia y adaptación cultural que ha permitido la supervivencia de estos conocimientos a través de los siglos.

Se observa una clara jerarquización dentro del sistema de medicina tradicional, donde las yachaks ocupan el nivel más alto debido a sus capacidades visionarias y extáticas, seguidas por las curanderas que se especializan en males específicos, y finalmente las hierbateras que actúan como intermediarias entre el conocimiento popular y los usuarios. Esta jerarquización no implica una valoración diferencial en términos de prestigio social o efectividad terapéutica, sino que responde a especializaciones funcionales complementarias.

La transmisión del conocimiento se revela como un proceso eminentemente femenino y familiar, donde las relaciones de parentesco (abuela-madre-hija) constituyen el canal principal para la

preservación de estos saberes. No obstante, también se identifican procesos de aprendizaje horizontal entre mujeres de diferentes comunidades y contextos, especialmente en los espacios de mercado, lo que demuestra la existencia de redes de conocimiento más amplias y dinámicas.

Debe resaltarse la capacidad de estas mujeres para articular diferentes sistemas explicativos de la enfermedad. La taxonomía que distingue entre “enfermedades de Dios”, “del campo” y “de la calle” evidencia una comprensión de la etiología que incorpora factores biomédicos, ambientales y sociales. Esta clasificación no solo orienta las prácticas terapéuticas, sino que también facilita la coexistencia con el sistema médico “hegemónico”, permitiendo que las personas naveguen entre ambos según la naturaleza de sus dolencias.

La dimensión de género emerge como un elemento central en la organización de estas prácticas. Las mujeres curadoras no solo se especializan en la atención de otros cuerpos femeninos (embarazo, parto, puerperio), sino que además funcionan como confidentes y consejeras en asuntos que trascienden lo estrictamente médico. Sus consultas se convierten en espacios de escucha, contención emocional y orientación para mujeres de diferentes estratos sociales, evidenciando el carácter holístico de su abordaje terapéutico.

La investigación también revela las tensiones y desafíos que enfrentan estas prácticas en el contexto contemporáneo. La disminución del número de curanderas, la pérdida de conocimientos específicos en ciertos espacios (como el diagnóstico con cuy) y las dificultades para la transmisión generacional apuntan hacia procesos de erosión cultural que requieren atención. Paradójicamente, se observa también una persistente demanda de estos servicios, incluso entre poblaciones urbanas y profesionales, lo que sugiere la vigencia y relevancia de estos sistemas terapéuticos.

Finalmente, podemos indicar que las mujeres curadoras de Imbabura constituyen un patrimonio vivo de conocimientos que trasciende la dimensión puramente médica para convertirse en un repositorio de sabiduría cultural, prácticas rituales y redes de solidaridad femenina. Su reconocimiento y valoración no solo contribuye a la preservación de la diversidad cultural, sino que también ofrece perspectivas valiosas para el desarrollo de modelos de salud más integrales e interculturales.

Referencias

- Andrade, A. (2004). *Etnomedicina y papel del yachak en las comunidades indígenas y campesinas: Los kayampis de la cuenca sur del Lago San Pablo*. (Tesis de Licenciatura). Pontificia Universidad Católica del Ecuador.
- Andrade, A. (2010). Medicina y Sabiduría Popular en la Provincia del Napo. *Revista Ciencia Amazónica*, 1(1).
- Andrade, A. (2011). San Bernardo, Santa Muerte y San La Muerte: Brujos, brujeados y santos en la provincia de Imbabura. *Antropología Cuadernos de Investigación*, 11, 101-109.
- Andrade, A. (2024). *Yachaks, curanderos y etnomedicina en la provincia de Imbabura*. Pontificia Universidad Católica del Ecuador - Sede Ibarra.
- Attisso, M. (1979). *Las plantas medicinales*. Editorial Científica.

- Barrera, G. & Orellana, A. (2020). La cosmovisión andina y el uso de plantas medicinales. En *Sabiduría ancestral andina y plantas medicinales: principios y prácticas de la medicina tradicional en Ecuador* (pp. 46-85). Universidad de Cuenca.
- Barrera, G. y Orellana, A. (2020). *La cosmovisión andina y el uso de plantas medicinales*.
- Bohórquez-Castellano, M. 2019. Brujas contemporáneas: entre mundos y devenires espirituales. *Nómadas*, 50, 37-153.
- Chakana News (17 de junio de 2023). Mujeres Yachak en Ilumán. <https://www.chakananews.com/mujeres-yachak-en-iluman/>
- Demon, L. (2008). *Medicina tradicional y sistemas de salud*. Editorial Académica.
- Eliade, M. (1969). *El Chamanismo y las técnicas arcaicas del éxtasis*. Fondo de Cultura Económica.
- Guamán Poma de Ayala, F. (1993). *El primer nueva crónica y buen gobierno* (1613). Fondo de Cultura Económica
- Lévi-Strauss, C. (1977). *Antropología estructural*. Editorial Universitaria.
- López, M. (2024). *Curanderas y saberes populares*. Editorial Andina.
- Muñoz Bernand, C. (1986). *Enfermedad, daño e ideología*. Abya-Yala.
- Poveda, J. (1997). *El arte natural de curar*. Edit. Temas de Hoy.
- Rodríguez, G. & Taxo, A. (1996). *La visión cósmica de los Andes*. Abya Yala.
- Sanhueza, R. (1986). *Medicinas tradicionales del Ecuador*. Editorial IOA.
- Schwitzer, M. 1990. *Prácticas curativas andinas*. Editorial Universidad Central.